

Acompañamiento etnográfico

En esta ocasión, y como difícilmente puede ser de otra manera, mi paseo discurrirá sobre la limitada superficie de unas cuartillas, en las que dejará su huella escrita la pluma que me sirve de bastón para facilitar mi empeño.

No me alejaré mucho de mi punto de partida para poder asociar el enunciado de estas líneas con un artesano de Tolosa responsable del cuidado del reloj de Leaburu, como comprobaremos por la anotación siguiente:

Ayuntamiento de Leaburu

Año Económico de 1889 a 1890 -Mes de julio.

D. Castor Arresigor -Alcalde de esta Villa.

El Depositario municipal de la misma satisfará de los fondos que obran en su consignación del sueldo que como encargado de arreglar el reloj público de este Lugar le pertenece durante el segundo semestre del presente año económico.

Leaburu, 4 de Julio de 1890 (...) (Archivo Municipal de Belaunza).

Puesto que hablamos de Leaburu traeré a colación un privilegio que se remonta al año 1400, concedido por Enrique III de Castilla acerca del herbage de los montes y sierra de Aralar en favor de Juan de Amézqueta, intitulado señor de Semper, de muy ilustre prosapia. Pues bien, este Juan de Amézqueta casó con hija legítima de Mosen Pierres de Peralta, Condestable de Navarra, entre otros muchos e importantes títulos que no hace al caso enumerarlos, y llevó en dote el Palacio de Maala de la tierra de Leaburu, que era perteneciente al de Amézqueta.

Este breve escarceo histórico me recuerda a una etxeoandre de este solar tan identificado con la vida de Tolosa –*Maalako urak*–, me recuerda a Magdalena Aramburu, la cual, según pude saber por su nieto Eusebio Múgica Altuna, solía decir que en la mañana del 24 de junio todas las aguas eran benditas, porque san Juan bautizó a Jesús en el río Jordán. De esta forma Magdalena Aramburu expresaba a los suyos el deseo de que en los

albores de la festividad del santo Precursor se lavasen en las aguas de la regata de Maala o *Maalako erreka*, recomendación que ella la seguía con el ejemplo.

Esta evocación de la festividad de san Juan Bautista me acompaña hasta alcanzar los predios de la villa de Gaztelu, donde no ignoran que al moverse descalzo o *ankutsik* en el rocío o *intza* de esta mañana de incipiente verano preservaba a sus mayores de toda enfermedad cutánea o favorecía la curación de este mal. Así como el colocar, emparejadas y cruciformes, ramas de fresno o *lizarra* y de espinos blancos o *elorri zurie* –que es bendecido de por sí, por su misma naturaleza– en las puertas de acceso al caserío y a la cuadra alejan el peligro del rayo.

En la mañana de San Juan, los jóvenes de Gorriti integrados en la asociación *Lagun Artea*, cogían la bandera de san Juan, la denominada *Sanjuanetako bandera*, ornada, por manos femeninas, con los pañuelos recogidos en depósito durante la cuestación de la noche anterior, y, acompañados por un acordeonista, acudían a la Misa Mayor. Más adelante, sin prisa y dentro de una conducta de alegre entretenimiento festivo rendían en la taberna y se sentaban a una bien surtida mesa.

Por la tarde, los jóvenes salían a la plaza y en un orificio abierto en el suelo introducían el mástil de la bandera. Daba comienzo el baile y el pueblo se divertía hasta el momento de escuchar el toque de oración o *illun ezkile*. Al tañido de esta campaña los jóvenes arriaban la bandera y el acordeonista, camino a la taberna del pueblo o *erriko taberna*, interpretaba la consabida melodía conocida por el nombre de *erretira*.

Dejaré el solsticio de verano. He mentado una postulación y será por medio de otra cuestación o *puska biltzea* llevada a guisa de saludo al Año Nuevo o *Urte Berri*, como vivía el mismo ambiente de fiesta la juventud de Gorriti y Azpiroz.

En Gorriti, al Año Nuevo recibían con prolongado y alegre campaneo. Varios jóvenes se turnaban para repicar la campana, en tañido ininterrumpido desde las doce de la noche hasta el toque del alba o *argizkile*. Y el campaneo no había cesado aún cuando los jóvenes de Azpiroz llamaban a las puertas del caserío de Gorriti, al canto de:

Or goien, goien, elorri
Ondoan jo ta erori
Etxe ontako etxekoandriak
Amabirjiña dirudi, dirudi.
Sentitzen zaitut, sentitzen
Ari zerala jekitzen.
Zure gerriko giltza soiñuak
Ementxe ditut aditzen.

A continuación, y en prueba de agradecimiento a la atención recibida, se despedían diciendo:

Etxe ontako alaba
Leku oneko alaba.
Etxe ontako alaba.
Ikasie da kortesie.

Si la petición no era correspondida debidamente, el *Amabirjiña dirudi*, *dirudi* se sustituía por el *labezatarra dirudi*, *dirudi* (que lo traduciré por *se parece a una larga escoba de hierbas y espino utilizada en la limpieza del horno*).

Sin abandonar el Valle de Larraun, nuestro magín se posa en las carnestolendas de Lekunberri, que en gran parte hacen historia. El Lunes de Carnaval o *lote Astelena*, varios jóvenes tomaban parte en el *antzara jokue* o juego de gansos, el último de los cuales tuvo lugar hacia el año 1910, que es cuando en lugar de este espectáculo se organizaba el *ollasku jokue* o juego de pollos, en el mismo escenario de la plaza, y que en Lekunberri ofrecía la particularidad de que no era cruento, como lo explico en mi libro *Carnaval en Navarra*.

Es en el último día del mes de febrero cuando pergeño estas líneas, y el Santuario de san Miguel de Excelsis se oculta tras la niebla y la oscuridad prematura, que nos recomiendan dejar en su paz algo sibilina al santo Arcángel, al penitente y al dragón.

Al acercarse al caserío de Amezqueta me da la impresión que percibo, y no sé por qué, la letra cantada en la antañona postulación de la víspera de santa Agueda, letra casi olvidada desde hace unos cincuenta años, y que dice:

Santa Ageda bezpera/beti onela ez gera/elbarrendarrak (barrio de Amézqueta) alkar artuta/atera gera eskera.

Alkar artuta, prueba de solidaridad, acerca de la cual se puede hablar mucho. Mas prosigamos nuestra andadura. Atravieso parte del núcleo urbano de la Villa y dejo a mi derecha lo que fue la *Amezketako ola*. Esta ferrería, no labrante, fue tomada en arriendo por Francisco Sagastume, quien la convirtió en molino y herrería. Al mentado Sagastume le sucedió en la fragua su hijo Carlos, y fue un hijo de éste –José Sagastume– quien en su día me facilitó estas referencias.

Pronto alcanzo el barrio amezquetarra de Ugarte, con su acogedora iglesia de portada románica. Aquí, en este barrio, un hombre casi octogenario Manuel Carrera Ormaechea, me contaba hace años cómo su abuelo habitaba en el caserío Agirain, que se levanta cerca de la cumbre de un monte de Ugarte. El aludido aldeano era José Igancio Ormaechea, y solía acudir casi todos los lunes a la feria de ganado que tiene lugar en Tolosa. Salía de casa cuando el sol enciende el día, y para el regreso no tenía hora fija. El recorrido lo hacía a pie.

Era lunes de los postreros años del pasado siglo cuando de vuelta a su caserío, junto con varios amigos se quedaba a cenar –*afari mokadu bat egi*–

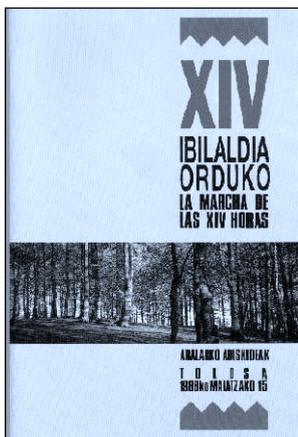
ten– en el Molino de Alegría, hoy Alegia. El reloj aceleraba sus agujas. La noche transcurría entre trago y conversación, y a eso de las dos de la mañana –*ordu txikietan*– prosiguieron el camino respectivo.

Ormaechea avanzaba solo cuando pasó junto al denominado *azari zuloa* o guarida del zorro y escuchaba el tañido de cencerro que creció rápidamente en intensidad –¿vestigio de mitología subterránea?–. Y cuál no fue su asombro y sorpresa al comprobar que tras sus pasos iban dos bueyes rojos en ininterrumpido cencerreo –*bi idi gorri beren zintzarrik joaz*–. Seguido siempre de las pisadas de sus misteriosos acompañantes, a José Ignacio Ormaechea no se le hizo corto el tiempo transcurrido hasta que pudo alcanzar la puerta de Agirain, momento en el cual enmudecieron los cencerros y desaparecía la pareja de bueyes.

Cuando Ormaechea traspasó el umbral del caserío despertó a su mujer, y al escuchar a su marido lo que acababa de presenciar y vivir, ella se limitó a responderle a modo de reproche: *Errotan ardoz bete zerate eta ori da zure idi gorrien iduripena* (En el Molino os habéis puesto bien de vino y a eso se debe la presencia de los bueyes rojos en tu imaginación).

El barrio de Ugarte nos conduce a Alegia, donde no olvidaré su pretérita actividad fabril, centrada de manera particular en las fraguas o *sutegiak* dedicadas a la producción del hacha y del cencerro. La forja del cencerro desapareció en el año 1917, con Norberto Echebarrena *Txanbor*, quien en el quehacer citado fue continuador de su padre.

En nuestros días, y esto lo tengo señalado en alguna otra ocasión, de la apuntada dedicación artesana, Alegia conserva únicamente el nombre de *txintxarri erri*.



Acompañamiento etnográfico / Juan Garmendia Larrañaga. - En : *XIV orduko ibildia = La marcha de las XIV horas*. - Tolosa: Aralarko Adiskedeak, 1988. - [32] p. : il. ; 24 cm. - P [8-11]